

- [Alianza Biodiversidad](#)

Rebelión en Chiloé contra irresponsabilidad sanitaria estatal y acuicola

País [Chile](#)



El martes 24 de marzo se realizaron acciones de protesta con bloqueos, cortes de ruta y barricadas en diversos puntos de Chiloé como respuesta a la violencia ejercida por fuerzas represivas estatales quienes quebrantaron la aduana sanitaria para abrir ´por la fuerza el flujo de camiones de la industria salmonera y de mitilicultura provenientes del continente.

Cabe señalar que organizaciones sociales de Chiloé habían logrado establecer un acuerdo con autoridades regionales para el aislamiento ante la emergencia sanitaria del Coronavirus Covid 19, más aún considerado que en el archipiélago hasta el momento no hay casos de contagio, fijándose que pasarían por el Canal de Chacao sólo alimentos e insumos básicos, sin embargo, este martes se permitió el flujo de camiones de la industria acuicola y algunos buses, custodiados por fuerzas especiales de Carabineros e infantes de guerra de la Marina, quienes reprimieron a habitantes guardianes de la medida sanitaria, deteniendo a dos de ellos: Al presidente de la JJVV de Chacao, Andrés Ojeda y al vecino, Pablo Montalva de Coñimó.

Ojeda mientras se encontraba detenido, señalaba: “Es lamentable que SalmonChile, sus asociados y la industria de la mitilicultura tengan de rodillas a Chiloé. En estos días complejos anteponen sus actividades económicas por sobre la salud de nuestra gente coludidos como el gobierno regional y varias autoridades locales”.

Chiloé es un archipiélago con más de 40 islas, con unos 170 mil habitantes distribuidos en 10 comunas, que la deja en un estado de extrema vulnerabilidad por no existir condiciones sanitarias para enfrentar una emergencia de este tipo desde el punto de vista de la conectividad y sistema hospitalario.

El Médico Jaime Ibacache, jefe del departamento de epidemiología del Servicio de Salud Chiloé, señala que en el caso de entrar el virus, 6 de cada 10 personas podrían ser infectadas. “un 60% de la población Chilota puede contagiarse, de éstos, un 15% necesitaría ser hospitalizado en una unidad de cuidados especializados, servicio que cuenta con sólo 6 camas en el Hospital de Castro”.

Por ello la situación es preocupante en las diferentes islas de Chiloé, razón por la que organizaciones sociales y servicios públicos en el archipiélago de Quinchao (10 islas) que es parte de Chiloé y cuyo acceso es por el canal de Dalcahue, habían establecido un bloqueo sanitario en el acceso, sin embargo también fue quebrantado y este martes 24 por la mañana, efectivos de Carabineros procedieron a detener al dirigente y concejal de Achao, Oscao Gallardo Calbuyahue; y la dirigente y escritora de Curaco de Vélez, Olga Cárdenas, generándose también otros hechos de violencia por parte de los agentes contra integrantes de la Asamblea Social de Quinchao.

La escritora poeta Canaria – chilota, Maribel Lacave, indicaba a Radio Estrella del Mar: “Estamos hablando de una situación extrema, estamos hablando de un problema de agresión contra la vida, entonces defendamos a nuestros vecinas y vecinas que lo único que están haciendo es sacrificándose para evitar que entre el contagio. Estamos velando por la salud de todos”.

La Fundación educacional campesina Curaco de Vélez que dirige Janett Cárdenas, indicó a través de una declaración pública, junto con respaldar las detenciones: “No podemos entender ni aceptar que una acción tan noble y solidaria haya sido reprimida con tanta brutalidad por parte de carabineros y militares, quienes, sin justificación alguna golpearon a la Directora Académica de nuestra Escuela, la señora Carmen Barría, dejándola semiinconsciente y produciéndole daños en tres costillas, como se constata en el parte de lesiones emitido por el servicio de urgencias del Hospital de Achao, no siendo la primera vez que se ve amenazada por el autor de la agresión, el carabinero Juan Jaramillo”.

Luego de los violentos quiebres sanitarios por parte de agentes represivos estatales, por la tarde y noche en Chiloé se realizaron acciones de protesta con bloqueos, cortes de ruta y barricadas en diversos puntos de Ancud, Quemchi, Castro, Quellón y Queilen. Este miércoles, así como en otros lugares, en Isla Lemuy, cuya cabecera es la comuna de Puqueldón, también se realizarán manifestaciones tendiente a la protección efectiva de la población: “La única barrera que en algo nos protegía o pretendía hacerlo, fue derribada por el Estado en el canal de Chacao. Todas las comunas en este minuto se están organizando para proteger el Archipiélago de Chiloé y nosotros esperamos hacer nuestra parte por Lemuy”, señalan desde el movimiento social.

El martes luego de las acciones violentas contra habitantes de Chiloé en el canal de Chacao, desde el lugar, Alvaro Montaña del Movimiento Defendamos Chiloé daba cuenta de la llegada de una mayor dotación represiva a través de un video: “En estos momentos en mi espalda, la empresa Transmarchilay ha permitido el ingreso de un guanaco y dos carros más. Esta es la respuesta del gobierno a nuestra necesidad. No mandan médicos, no mandan camillas, sino que mandan guanacos, gracias al auspicio de la empresa transmarchilay, para que todos los chilotes sepan”.

La salud pública postergada en Chiloé

Uno de los conflictos que enfrenta el Archipiélago de Chiloé es la imposición de un mega puente en el canal de Chacao, resistido por diversas organizaciones quienes consideran que no es prioritario y que es urgente invertir en mejorar condiciones de salud, educación, conectividad interna, conservación, economías locales y urgencias sanitarias como las que se están viviendo en estos tiempos.

Varias voces han señalado que a Chiloé literalmente la están saqueando y que este mega puente favorece principalmente los intereses industriales para una salida más rápida de los productos explotados en la naturaleza de Chiloé, cuya base de su ecosistema son los humedales, los que progresivamente están desapareciendo a causa de actividades depredadoras.

Desde hace años, el Movimiento Defendamos Chiloé viene señalando: “re-asignar estos dineros públicos Mop para que sean utilizados en obras públicas de la misma cartera y que históricamente han sido postergadas para el pueblo chilote, que otorguen mayor conectividad interna: marítima, terrestre y área, inversión urgente en agua potable rural y otras como hospital base para Chiloé y campus universitario y centro de formación técnica estatal, además de rampas de doble frente de atraque en el canal de Chacao, para acelerar la carga y descarga de transbordadores”, delcaración emitida en diciembre del año 2017 y que en el presente cobra mucho más sentido.

Cabe resaltar que Chiloé vive previamente otra crisis sanitaria, que es la falta de medidas sanitarias por el descontrol de la basura y que fue decretado por el propio Estado. Al respecto, el Grupo de Trabajo sobre Derechos Humanos y Residuos en Chiloé, señalaba en septiembre del 2019: “Los efectos sociales, culturales, económicos y ambientales que han venido causando el funcionamiento irregular e ilegal de vertederos industriales y domiciliarios en Chiloé son altísimos, contra una alta cantidad de población rural, cuyas instalaciones además han venido reproduciendo una política estatal de racismo y discriminación ya que se han instalado por años en suelos de sectores campesinos y comunidades indígenas, varios de los cuales han dejado de funcionar sin que se establezcan planes efectivos de cierre que contribuyan a mitigar y reparar los daños, por el contrario, instituciones públicas del estado, como son Municipalidades, bajo el amparo del Poder Ejecutivo, no asumen garantías de no repetición y en el presente, se pretende imponer un nuevo recinto vertedero o relleno sanitario afectando a comunidades indígenas e importantes ecosistemas, junto a lugares de significación cultural”.

Fuente: [Radio Minga](#)

¿Cómo se disputan las productoras y productores agroecológicos la provisión de alimentos frente a la crisis del Covid-19?

Por [Acción Ecológica](#)

Idioma Español

País [Ecuador](#)

Para los agroecólogos en el mundo, la enfermedad más peligrosa no es el coronavirus (COVID-19). Es el desequilibrio en la Naturaleza provocado por el sistema productivo agroindustrial, extractivista, intensivo, extensivo, monocultivista y contaminante, que ha deforestado y sigue

asediando ecosistemas naturales. La solución está en un cambio radical del paradigma productivo y alimentario en manos campesinas, como lo plantean varios investigadores a nivel mundial.



Entre las organizaciones, investigadores, activistas, productoras y productores organizados alrededor del movimiento agroecológico en el Ecuador, ha surgido la iniciativa de establecer campañas de conciencia, discurso y prácticas para la distribución de alimentos campesinos locales, la defensa de los derechos de la naturaleza, los derechos de salud y trabajo digno para los sectores populares, en estos momentos en el que debemos quedarnos en casa para evitar la expansión de la epidemia.

Tomando en cuenta las restricciones de movilidad por la crisis del COVID-19 y con la asepsia necesaria en la manipulación de los alimentos, la creatividad y gracias a la minga, hemos conformado redes de articulación entre de consumidores urbanos y productores cercanos, implementando protocolos de entrega de canasta a domicilio, divulgando información de productos y precios, para sean adquiridos vía web o telefónica, para que la gente no tenga que salir de su casa, guardar la cuarentena, fortaleciendo la solidaridad populares, evitando la especulación de precios, desabastecimiento de alimento, y así asegurar el cuidado colectivo y el empleo del trabajo rural.

La crisis alimentaria consolida la producción y discurso político sobre la necesidad de un sistema agroalimentario agroecológico, asegurando territorios para el alimento y no para el extractivismo minero, agroindustrial o petrolero. La agroecología es cuidar el agua, la fertilidad del suelo, las semillas nativas, rescatar los saberes ancestrales, también la agroecología es un sistema alimentario sustentable con animales y cultivos diversos, libres de transgénicos, agrotóxicos y antibióticos.

La agroecología está en manos de la agricultura familiar y campesina local, en territorios de soberanía alimentaria con dinámicas de comercialización solidaria, que garantizan el derecho humano a la alimentación y nutrición adecuada con productos sanos, culturalmente adecuados y soberanos para las familias del campo y la ciudad.

En Quito, se ha iniciado el debate en torno al aporte de las ferias agroecológicas y mercados públicos e informales, como parte de los sistemas alimentarios urbanos y el derecho a la ciudad, por su carácter multifuncional a nivel económico, social y cultural, que fomentan la soberanía alimentaria, soberanía económica, el tejido social de la población urbana y relaciones más equitativas con las regiones de abastecimiento de alimentos; fomentando así circuitos económicos solidarios interculturales para articular actores socioeconómicos que viven los principios de la agroecología y la economía solidaria. Ahora, con la crisis del COVID-19 y el confinamiento obligatorio que nos está tocando vivir, queremos resignificar estas ferias agroecológicas, adaptándolas a la nueva realidad.

Según el Ministerio de Salud del Ecuador, 1 de cada 4 niños menores de cinco años presenta una talla baja para su edad; 3 de cada 10 niños entre los cinco y once años tienen sobrepeso u obesidad, mientras que en la población con edades avanzadas se observa problemas de cáncer, diabetes y enfermedades cardiovasculares. Todos estos problemas tienen como raíz la mala alimentación e ingesta inadecuada de micronutrientes, costándole al país 1.746 millones de dólares al año para el tratamiento enfermedades no transmisibles.

Los medios de comunicación ligados al gran capital promocionan el consumo de comidas rápidas, poco nutritivas, bebidas azucaradas y productos ultra procesados, como moda o estatus social afectando nuestra salud. Así mismo, la flexibilización laboral para hombres y mujeres vulnera los derechos de horas de cuidado personal y colectivo como: compartir con la familia, tiempo a la preparación de los alimentos y en muchos casos, en las grandes ciudades, la poca paga recibida por su trabajo, limita el acceso a frutas y verduras por sus altos costos en los supermercados.

Todo esto hace que las poblaciones más empobrecidas sean aún más vulnerables frente a la actual crisis sanitaria, porque una alimentación basada en alimentos ultraprocesados, pobres en nutrientes, plagados de agrotóxicos, debilitan los mecanismos de defensa para enfrentar una posible infección; a lo que se añade que el sistema de salud ha sido afectado por las políticas de ajuste dictadas por el FMI.

Por todo esto se vuelve obligatorio fortalecer -en estos momentos tan difíciles que vive el país y el mundo- la solidaridad, el vivir bien, el buen comer, la soberanía alimentaria, el cuidado del agua, suelo, semillas para producir y el apoyo a la agricultura familiar y campesina; a los pequeños y medianos productores locales, construyendo desde los territorios el encuentro de productoras, productores en alianzas entre consumidores del campo y la ciudad.

De acuerdo al Decreto 1017, que declara el estado de excepción por la crisis de salud en el país, se exceptúa de la restricción a la libertad de tránsito y movilidad, a las personas y servidores que circulen para abastecer a la población de víveres y otros servicios necesarios.

Como respuesta, por si fuera poco, la ciudad de Quito se está llenando de desechos sólidos, resultado de las compras que se están haciendo durante la cuarentena, que son distribuidas por empresas de distribución transnacionales, que utilizan grandes cantidades de plásticos para embalar los alimentos, muchas veces superprocesados y poco sanos; en contraste, las redes agroecológicas sumándose a la campaña #QuédateEnCasa, ofrecen alimentos sanos, agroecológicos de la agricultura familiar campesina (revisar www.quericoes.org). Se pide a las autoridades que cumplan con lo establecido y les dejen trabajar, para entregar alimentos sanos de manera segura.

Esperamos que, a la luz de esta coyuntura compleja, se transforme definitivamente nuestro consumo, apoyando la producción y la vida de campesinos y campesinas olvidados por el Estado y nos volquemos a la agroecología en esta y otras crisis que podrían surgir como resultado del actual modelo de desarrollo.

Fuente: [Acción Ecológica](#)

El Coronavirus más allá del Coronavirus: umbrales, biopolítica y emergencias

Por [Emiliano Teran Mantovani](#)

Idioma Español

País [Internacional](#)



"La actual pandemia podría causar más daño, o bien podría ser superada. No lo sabemos hasta el momento. Pero parece que todo esto que está ocurriendo, nos dice muchas cosas más. Por eso también necesitamos tratar de interpretar qué expresa esta pandemia, más allá de ella misma; qué significado tiene en este preciso tiempo (geo)político; qué nos dice del particular mundo que hoy enfrentamos".

Para el 19 de marzo de 2020, la pandemia global del Coronavirus (COVID-19) se aproximaba rápidamente a los 250 mil casos ([220.313](#)), registrándose el fallecimiento de 8.980 personas, lo que representa el 4,07% del total de estas cifras.

El asunto crítico general con el COVID-19 no es tanto su tasa de mortalidad, sino su ritmo de contagio especialmente acelerado (fácilmente de persona a persona), lo que se convierte en algo delicado en un mundo globalizado, alta y velozmente interconectado. Esto nos ha puesto ante un escenario de potencial contagio masivo a escala planetaria (¿cuántos más podrían contagiarse en el mundo?) que, por un lado, tendría un alto costo en vidas humanas (principalmente personas de la

tercera edad) y, por el otro, profundizaría la precariedad e insostenibilidad de la vida cotidiana en la actual globalización tardía y descompuesta.

No sólo colapsan sistemas de salud de las más “desarrolladas” economías del mundo (como en el caso de Italia), sino que también se paraliza buena parte del comercio internacional y doméstico (debido a las restricciones impuestas para frenar la pandemia), generando cierre de fábricas y empresas, [crecientes despidos](#), derrumbe de las proyecciones económicas por países, entre otros. Los efectos interconectados se han traducido en cosas como el desplome del valor de las monedas, la caída de la demanda de petróleo ([sin precedentes](#)) y de los precios; o el derrumbe de las bolsas de valores internacionales (Dow Jones registró a mediados de marzo [la segunda peor caída de su historia](#)).

La actual pandemia podría causar más daño, o bien podría ser superada. No lo sabemos hasta el momento. Pero parece que todo esto que está ocurriendo, nos dice muchas cosas más. Por eso también necesitamos tratar de interpretar qué expresa esta pandemia, más allá de ella misma; qué significado tiene en este preciso tiempo (geo)político; qué nos dice del particular mundo que hoy enfrentamos.

Tiempo de umbrales: el Coronavirus es síntoma y punto de inflexión



Todos los ojos, las conversaciones, las angustias y debates están sobre la pandemia global del COVID-19. Pero tenemos que hablar de más cosas que se articulan con ella. La pandemia se inscribe en un proceso histórico del capitalismo contemporáneo: estamos ante las pandemias de la globalización neoliberal, que han venido incrementándose y sucediéndose desde las décadas de los 80-90s. La del COVID-19 es apenas una pandemia más de una particular lista que, en un grado u otro, han constituido amenazas para la humanidad, pero también advertencias. El SARS-CoV en 2002, la llamada “gripe aviar” (H5N1) en 2003, la porcina (H1N1) en 2009, el Síndrome Respiratorio de Medio Oriente (MERS-CoV) en 2012, el ébola en 2013 o el Zika (ZIKV) en 2015. A decir del que fuera Subdirector General de la OMS para Seguridad Sanitaria, Keiji Fukuda, al

sortear estas pandemias, “sentimos que hemos esquivado una bala”. Pero aún, en la actualidad, seguimos jugando con nuestra suerte.

Sin embargo, la emergencia de estas pandemias de la globalización no tiene nada de ‘desastre natural’ o de un ‘hecho fortuito que tarde o temprano tenía que pasar’. Más bien son el resultado del avance neoliberal de mercantilización de la vida y ocupación de nuevas fronteras ecosistémicas de las últimas décadas: agricultura y avicultura intensivas e industriales (que propiciaron la gripe aviar), comercio de animales salvajes y exóticos (como ocurre en China), manipulación genética, expansión del turismo depredador, deforestación, abusos en el consumo de antibióticos, por mencionar ejemplos. Factores como estos se potenciaron con una forma transnacional de transmisión, posible por la expansión de las interconexiones de la movilidad humana y de mercancías, el extraordinario crecimiento de las ciudades, la precarización de los sistemas de salud pública, entre otros.

Este sistemático avance degradante y depredador del capital, durante las últimas décadas, sobre las fronteras de la vida, sobre los límites del planeta, pero también sobre los sistemas e instituciones de asistencia social, ha venido agravando no sólo la incidencia y rasgos de fenómenos globales como estos, sino también la situación de insostenibilidad del sistema globalizado actual. Por mencionar un ejemplo ilustrador, el derretimiento de glaciares de vieja data, debido al cambio climático, [podría liberar virus de 15.000 años de edad](#), los cuales son desconocidos por la ciencia y se ignora su nivel de letalidad.

El particular tiempo en el que surge la pandemia del COVID-19 es un tiempo revelador, que nos muestra una serie de eventos límites que en realidad están concatenados, como los [incendios en la Amazonía](#), los [incendios de Australia](#) o el hecho que [2019 haya sido el segundo año más caliente](#) registrado. Los ecosistemas alcanzan umbrales, en los cuáles se abre un proceso sistémico en el que se desarrollan nuevas propiedades, se generan cambios repentinos y acelerados, que van a modificar las dinámicas socio-ecológicas tal y como las conocemos en la actualidad. Los años 2019-2020 nos están mostrando con mucha más claridad esto.

Y estos umbrales no son sólo ecológicos. Todo el sistema, que articula sintéticamente las dimensiones económica, cultural, social y política, con las redes y tejidos de la vida ecológica, se estremece desde muy adentro, desde lo más profundo. Por eso la pandemia del COVID-19 aparece como un detonante fundamental de una próxima y muy probable recesión económica global, la cual está conectada históricamente con la crisis económica 2008-2009 (que ha marcado nuestro tiempo reciente), pero también con la crisis sistémica desarrollada desde la década de los 70s del siglo XX, e incluso con la crisis de la civilización moderno-occidental. La pandemia del nuevo Coronavirus es un síntoma más de la crisis civilizatoria que nos atraviesa.

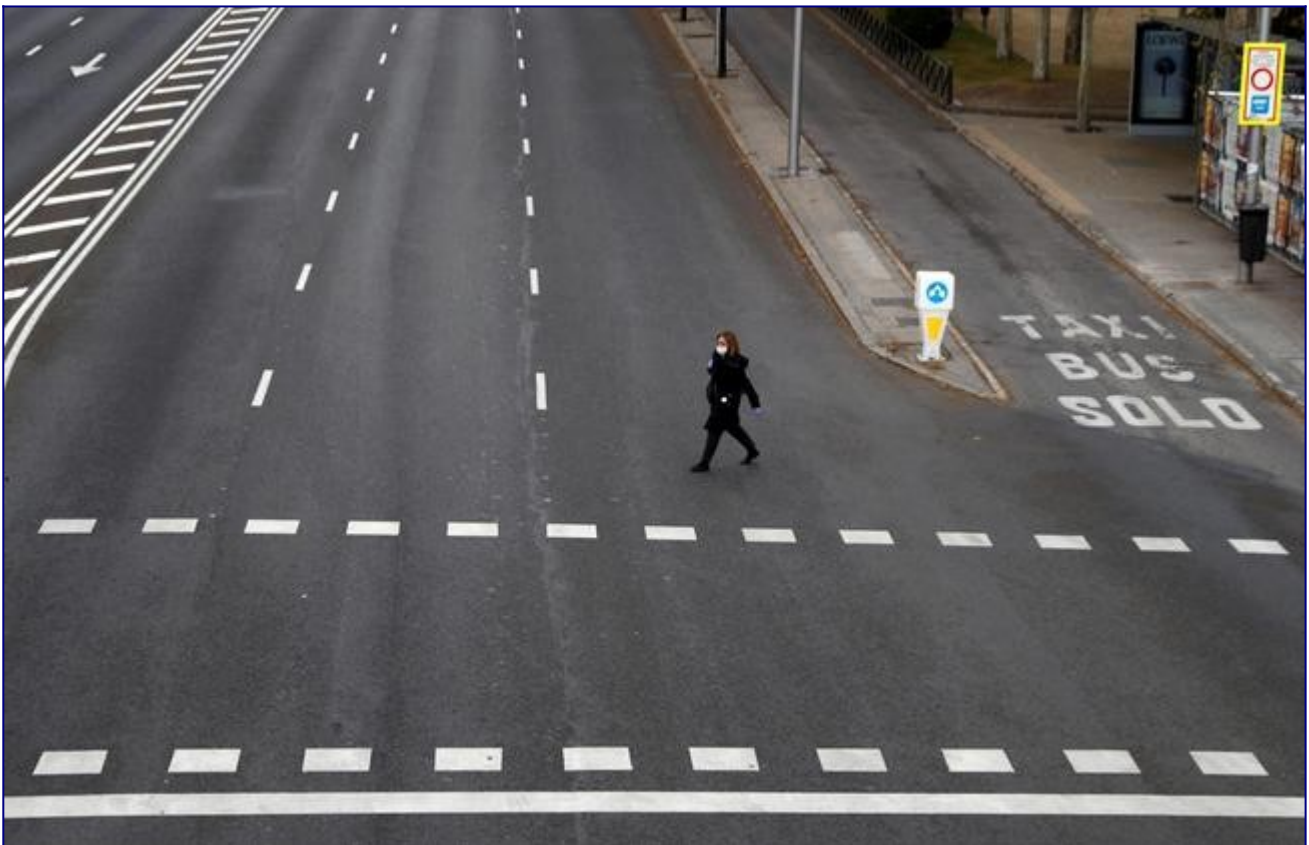
¿Tiene entonces el COVID-19 y la pandemia que ha desatado, algo de particular, algo de diferente en relación a las anteriores pandemias globalizadas? Sí. Es cierto que se habla mucho menos de cómo la hepatitis viral mata en el mundo 1,3 millones de personas al año; cifra similar se da con los accidentes de tránsito (sí, ¡el carro mata!) y las enfermedades diarreicas (que sufren principalmente los sectores más pobres de la sociedad), por mencionar ejemplos dramáticos. Pero estamos ante otro ritmo de contagio, de ‘viralidad’, que aunque mata fundamentalmente a sectores específicos de la sociedad (como la gente de la tercera edad), en realidad no deja nada ni nadie por fuera de ella. Se escurre por cualquier vía que el humano transite. Así que, logra incorporarlo todo a su dinámica. Su potencial masividad (y ya hoy, con 200 mil infectados, es masivo) satura todo: satura los sistemas e

instituciones médicas, satura la política y los medios de comunicación, satura la percepción de amenaza y muerte, satura la movilidad y la interacción social, satura al Estado y al poder.

Claro que hay desigualdades de clase, de género, raciales, que determinan quienes sufren más y primero esta pandemia. Pero esto desborda lo que el propio sistema de poder y privilegios puede controlar. Deja al desnudo los simulacros del poder. Ya no hay nadie que pueda “ver desde afuera” esto, así que el nivel de interpelación es máxima. Paradójicamente el capitalismo, con su dinámica devoradora, extractiva y mercantilizadora, infecta sus propias rutas comerciales, sus mercados, sus instituciones. Inviabiliza el necesario movimiento expansivo del capital. El nivel de contradicción es también el máximo.

A diferencia de un siglo atrás, cuando la ‘Gripe Española’ mataba unas 50 millones de personas, la pandemia actual del COVID-19 emerge ante un sistema global que es mucho más frágil que antes, mucho más inviable. Somos más vulnerables que nunca. Parece quedar claro que se ha abierto una puerta que nos dice que ya las cosas no serán como antes. Y esto también parece revelarnos que, del mismo modo, transitamos hacia una nueva gestión y organización del sistema. Ahora sí, ¿fin de la globalización?

Pandemia COVID-19: bio-política de la ‘emergencia’ y sus paradojas



La saturación máxima que provoca la pandemia del COVID-19 ha generado diferentes respuestas de los Estados, cada una con resultados diferentes (pensemos en los casos de China, Corea, Italia o España). Lo que vemos desarrollarse, en general, es la progresiva adopción de estrictas medidas de cuarentena por parte de los Estados a nivel mundial, sostenido por una advertencia por parte de expertos y asesores científicos de que el virus alcanzará a buena parte de la población mundial, y de que la vida social en el planeta será notablemente trastocada por muchos meses.

Esto claramente allana el camino para la consolidación de lógicas de una situación extraordinaria o de emergencia, que permite poner en suspenso la democracia y sirve de pilares a la normalización y permanencia de regímenes de excepción. Es la *bio-política* en su máxima expresión, que ya venía precedida de normativas de emergencia y nuevas doctrinas de seguridad nacional, formas de militarización de la sociedad y los territorios, generalizadas al conjunto de la población en nombre de la ‘lucha contra el terrorismo’, el narcotráfico y el crimen organizado, grupos armados irregulares, contra el desborde de la migración y contra el ‘vandalismo’ en las protestas (recuérdese el año pasado en América Latina la relación entre protestas y estados de excepción). Y valga la pena añadir: estas lógicas están también en consonancia con el auge de las extremas derechas en varias partes del mundo, que desde patrones racistas y nacionalistas, pueden adjudicar la situación a ‘infecciones extranjeras’, una política migratoria permisiva y la necesidad de economías autárquicas (de nuevo, ¿otro factor para decirle adiós a la globalización?).

Férricos y drásticos controles sociales en el caso de China, Taiwán, Japón, Corea y posteriormente y menor medida Italia y España, se han expresado en cosas como la prohibición oficial de salir de casa; el establecimiento de reportes por persona (nombres, temperaturas corporales, movimientos y viajes, contactos con personas, etc) para luego ser procesados en forma de ‘Big Data’; la realización de tests express que, por ejemplo para el caso de Corea, suponía realizar a una persona un raspado nasal en un ‘drive in’ para determinar si la persona estaba infectada; entre otras medidas, que en casos como el chino, incluyeron el uso del ejército.

Pero precisamente, por esta dinámica de saturación máxima de la pandemia del COVID-19, se presenta una primera paradoja que conviene resaltar: el éxito que ha tenido China para detener el crecimiento del contagio ha abierto canales de legitimación a esta bio-política de alta intensidad (¡mirad el ejemplo chino!). El arrinconamiento societal que genera la posibilidad de un desbordamiento de la pandemia global puede hacer ver plausible y viable una sociedad de control bajo estos criterios de bio-seguridad. Así que esto nos pone ante un escenario no sólo de imposición política sino de un cierto consentimiento de un sector de la sociedad. Pero, ¿qué alternativas existen a este formato de gobernanza biopolítica, en este contexto pandémico?

Si el transitar de la crisis civilizatoria nos ha llevado a este tiempo de umbrales, de eventos extremos, de emergencia permanente (recuérdese la ‘emergencia climática’), ¿nos dirigimos hacia un capitalismo administrado como un ‘capitalismo del desastre’ permanente? ¿Cómo podría funcionar la democracia (o su posibilidad) en un régimen como ese?

Hay una segunda paradoja o tensión a resaltar: la política de estrictas medidas de cuarentena es absolutamente contraria a la necesidad de movilidad y dinamismo que tienen los mercados. El encierro social es una necesidad pero a la vez es un suicidio económico para el capitalismo. Los gobiernos del mundo se debaten entre la debacle epidemiológica y la económica. Y aquí cabe resaltar la que hasta hace unos días fue la política del Gobierno británico liderada por Boris Johnson, ante la pandemia de COVID-19: una especie de bio-liberalismo, ‘*dejar hacer, dejar morir*’. Sir Patrick Vallance, Jefe de los asesores científicos del gobierno, anunciaba para la cadena Sky News el pasado 13 de marzo, que había que lograr la “inmunidad del rebaño” [dejando que el 60% de la población británica se contagiara con el COVID-19](#), sin colocar mayores restricciones sociales a la movilidad y la actividad. Esto supondría que unos 40 millones de personas deberían como mínimo contagiarse a lo largo del tiempo para lograr dicho objetivo, estimando el Gobierno que al menos el 1% moriría (unas 400.000 personas).

Esta escalofriante política ponía de relieve, de forma descarnada que, en realidad entre el resguardo de la vida y el crecimiento del PIB, el gobierno de Johnson prefiere lo segundo –y ya ha dicho recientemente que “haría lo que fuese” para proteger la economía del Coronavirus. Pero sobre todo, revela una forma instrumental de representar la vida de millones de seres humanos, dentro de la categoría cuantitativa de ‘población’. Tanto los regímenes de férreo control como estos bio-liberalismos, comparten esta noción instrumental de la vida humana, en la cual esta se traduce en un número funcional: 50.000, 500.000 o 5.000.000 de personas; 0,5; 5% o 15%. Todo depende de para qué sirva o no sirva. ‘Población’ borra rostros, historias personales, diversidades, para ser simplemente asunto operativo de Estado. Pero en todo caso, lo resaltante es que se mantiene la premisa biopolítica foucaultiana de “hacer vivir, dejar morir”, ahora en el marco de un tiempo de eventos extremos. Para este bio-liberalismo, lo que se revela es una lógica socio-darwinista de abandono a la muerte (‘a su suerte’) de una parte de la sociedad (seguramente, la parte más anciana y enferma).

Esto nos lleva a una tercera y última paradoja que nos gustaría destacar: la decisión estatal de quiénes se confinan, quiénes trabajan, quiénes viven y quiénes mueren en este tiempo de umbrales está en clara contradicción con las pulsiones de vida que se expresan desde abajo. Si hemos dicho que el encierro, la cuarentena, es una necesidad, al mismo tiempo esta es socialmente insostenible en el tiempo. Para los miles de millones de precarizados del mundo, es inmediatamente inviable. Para otros, representa una parálisis de anhelos, sociabilidades, descontentos, proyectos. Parálisis que se da justo cuando millones en el mundo se habían estado movilizándolo por el hartazgo de la situación en sus países (recordemos Chile, Irak, Libano, Hong Kong, Ecuador, Catalunya, etc). ¿Qué ruta pueden seguir estas pulsiones? ¿Pero qué pasa también con esos otros que se rehúsan a ser los daños colaterales, las bajas estadísticas de esta bio-política de la ‘emergencia’ (que pudiesen ser nuestros abuelos, los sabios, los maestros de la comunidad, o bien nuestros hermanos o colegas, afectados por una u otra enfermedad)?

Difícilmente la parálisis y el confinamiento puedan disolver los descontentos sociales que han emergido y emergen como síntoma de la decadencia de este sistema imperante. Esto lo saben los grandes administradores de esta bio-política de la emergencia. Por eso, el Gobierno de Johnson también retrocede en su política de la “inmunidad del rebaño”; por eso el Presidente francés Emmanuel Macron, un neoliberal, ante la pandemia gira en su discurso y plantea que la salud pública es un bien precioso que debe estar fuera de las leyes del mercado; por eso otros gobiernos retroceden en políticas de recortes a las clases trabajadoras.

Las tres paradojas mencionadas anteriormente en realidad se inscriben en una paradoja mayor: nada está garantizado, nadie puede ya garantizar el control de la situación. El sistema capitalista se estremece en su propia constitución. Nunca en su historia el capitalismo había tenido tantas grietas.

¿Qué hacemos nosotros?



El confinamiento social de la cuarentena, pero también las calles vacías o semi-desiertas, los mercados truncados, el confinamiento de los más pobres a una extraña precarización socio-económica ralentizada, nos abren el camino hacia otras temporalidades, otros ritmos, otras sociabilidades, otras apreciaciones y sensibilidades. Nunca parecía estar tan a la mano una oportunidad de despliegue de la otredad de esas lógicas y ritmos diferentes a los del sistema capitalista. La centralidad, ante los desafíos que representa esta paradoja colapso/oportunidad, parece estar en una política de lo común, del cuidado, de la reproducción de la vida, ante este capitalismo que se va quedando al desnudo. Ese camino se ha abierto ante nosotros, sin que eso necesariamente represente una garantía de éxito.

Pero fuera de ese espacio particular, en el espacio de la arena política, siguen prevaleciendo los tiempos del capital, de la pandemia, de la biopolítica de la emergencia, del cambio climático. Este sigue siendo el espacio colectivo del descontento, de las luchas, de las demandas sociales, de la transformación. ¿Cómo conectar ese resguardo, ese ‘distanciamiento social’ con la necesidad de re-encuentro, de exigencia al poder, de asunción de poder? Mientras que cuidamos de la vida en ese espacio particular, hay que seguir exigiendo, demandando cosas como una radical redistribución de las riquezas existentes para que se dirijan a la asistencia universal en la salud pública; la suspensión del cobro de la deuda externa de los países del Sur Global, suspensión de los impuestos a los más pobres y recuperarlos de los sectores más ricos; socializar los conocimientos científicos; respetar a la naturaleza y detener el avance de la mercantilización y las últimas fronteras de vida en el planeta; y un largo etcétera.

Hay que convertir la emergencia global en la emergencia de otro sistema que tribute a la vida y a los pueblos. Si el colapso sistémico nos va llevando a escenarios impensables, hay que, como lo reivindicara un famoso lema del mayo del 68, ser realistas y pedir lo imposible. Otro mundo diferente a este, ahora.

Emiliano Terán Mantovani: Sociólogo de la Universidad Central de Venezuela. Master en Sostenibilidad Social, Económica y Ambiental (especialización en Economía Ecológica) por la Universidad Autónoma de Barcelona y Doctorando en Ciencia y Tecnología Ambiental por la misma Universidad. Hace parte del Grupo de Trabajo Permanente sobre Alternativas al Desarrollo, organizado por la Fundación Rosa Luxemburg. Miembro de la Coordinación General del Observatorio de Ecología Política de Venezuela.

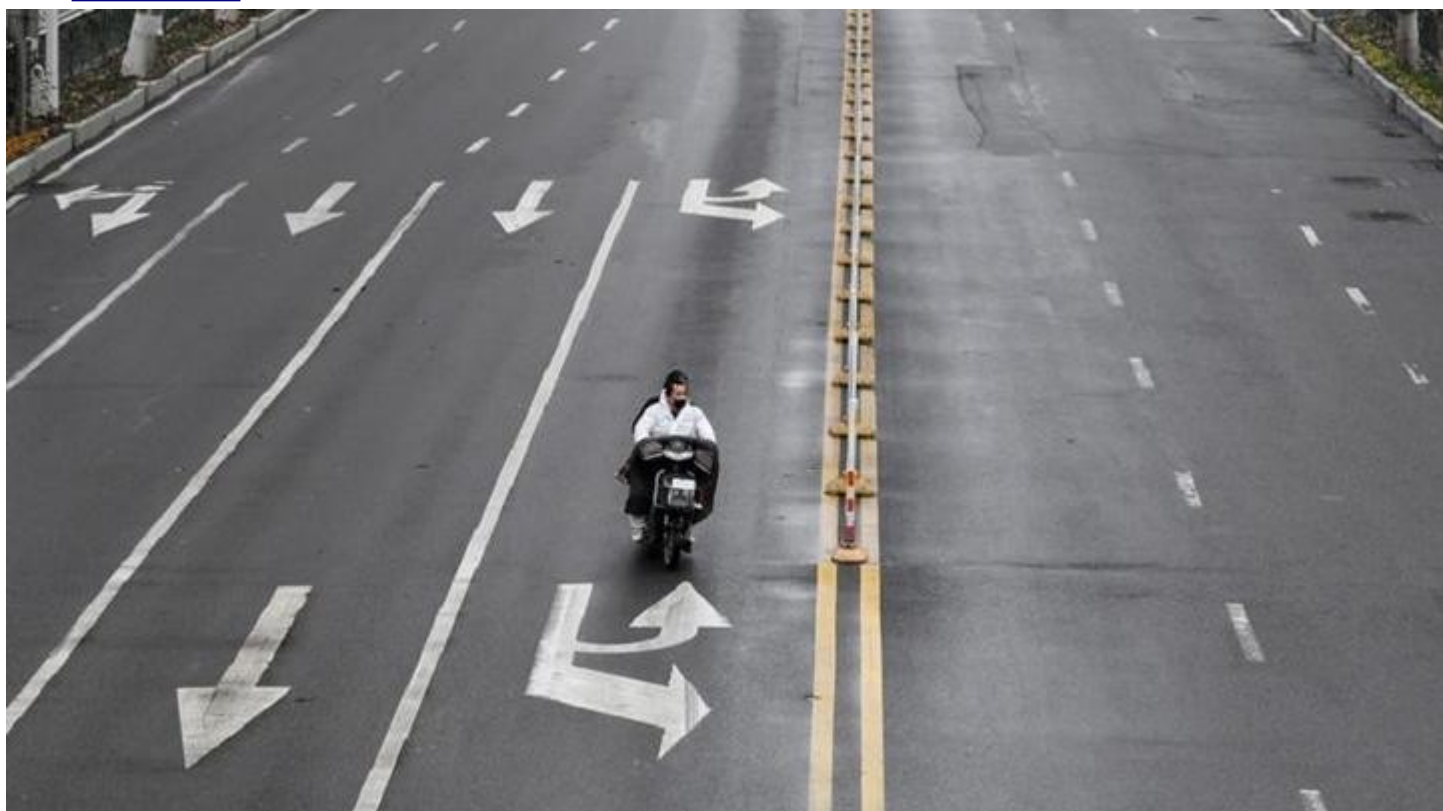
Fuente: [Observatorio de Ecología Política de Venezuela](#)

Pandemia, ecofascismo y alternativas para la humanidad

Por [Fernando González](#)

Idioma Español

País [Internacional](#)



De la mano de la crisis sanitaria mundial que desató el coronavirus (COVID-19) se han comenzado a producir y reproducir algunos discursos y relatos que, enmarcados en la preocupación por el medio ambiente, colocan como enemigo principal de la naturaleza al ser humano.

La pandemia de coronavirus ha habilitado la emergencia de ciertos discursos que, bajo la supuesta defensa de la naturaleza y el medio ambiente, esconden otros intereses. Este discurso se expresó en algunos medios de comunicación masiva. Por ejemplo, la *BBC de Londres*, tituló “los inesperados beneficios de la epidemia de COVID-19 para el medioambiente”. El diario español *El País*, hizo lo propio con una nota llama “la crisis del coronavirus hará descender las emisiones de CO2”.

Mientras tanto, el argentino *La Nación* celebró unas “¿Vacaciones para el planeta?”.

Todas estas noticias ponían en primer lugar una dicotomía entre ser humano y naturaleza. El propio Pedro Aznar, en su recital a través de la red social Facebook, sostuvo: “Vieron lo que está pasando en estos días en el mundo, que se está limpiando el aire, se está limpiando el agua, la tierra. Sin nuestra influencia el mundo se empieza a acomodar”.

Este énfasis en que “el ser humano” es el principal enemigo de la naturaleza no es nuevo en ciertos discursos del ecologismo. Tienen su origen más cercano en los enfoques neomalthusianos de la década del 60 y 70. Uno de los científicos que sostuvo esas teorías, es reivindicado en la nota de *La Nación*: James Lovelock, autor de la “Hipótesis Gaia” (teoría que sostiene que la tierra es un sistema autorregulado). En una [entrevista que le realizaron en el año 2007](#), este científico afirmó que “Malthus tenía razón”. “De habernos mantenido en mil millones, la cifra que él daba hace 200 años, tal vez no tendríamos que enfrentarnos ahora a la muerte a gran escala”, apuntó. Según este científico, sobran 6.500 millones de personas en la tierra, para que ésta se autorregule.

Cabe destacar que estas ideas nunca se presentan de forma transparente, pero forman parte de cierto imaginario ecologista hace décadas. Fue en 1972 cuando un grupo de científicos formuló el informe *Los Límites del Crecimiento*. Dicha investigación fue realizada a pedido de un grupo de empresarios, políticos y científicos conocido como “Club de Roma”. En ese escrito, se sostenía -fiel a un razonamiento malthusiano- que de no detenerse el crecimiento exponencial de la población y del capital en sus límites “naturales”, nos enfrentaríamos al colapso, a los límites físico-naturales del planeta.

El problema aparece cuando se quiere establecer cuáles son dichos “límites naturales”, principalmente con la población humana que a diferencia de otras especies no tiene predadores naturales. En cambio, lo que sí tenemos son crisis sociales y/o económicas, guerras, desastres naturales, hambre, epidemias y/o pandemias. Y es justamente con estos elementos de contexto, cuando suelen aparecer las propuestas de lo que denominamos “ecofascismo”.

En la actual coyuntura los sectores de derecha en todo el mundo alternan entre dos posiciones frente a la crisis ambiental (que a su vez es climática, energética, alimentaria y sanitaria): 1. la negación (como bien hacen los fascistas de antaño resucitados, como Jair Bolsonaro); 2. la aceptación de un posible colapso y el descargo de su impacto en los más pobres (los sectores desprotegidos de los países centrales y los países del sur global).

El primer sector no requiere de mucho análisis, puesto que se plantea abiertamente opuesto a cualquier ambientalismo. El segundo sector, en cambio, despliega un arsenal importante de teorías (pseudo)científicas, discursos y símbolos en esta batalla.

Es así por ejemplo que uno de los más importantes documentalistas ingleses sobre la naturaleza (David Attenborough, de la *BBC*), ha manifestado que “los seres humanos son una plaga sobre la tierra”. Particularmente esta plaga se sitúa África, pese a que en ese continente se consume muchos menos recursos que en Europa.

En los movimientos de la denominada “ecología profunda” también se hacen presentes estos planteos. El co-fundador de la ONG Earth First, David Foreman, sostuvo que sus tres objetivos principales serían “reducir la población mundial a unos 100 millones de habitantes, destruir el tejido industrial y procurar que la vida salvaje, con todas sus especies, se recobre en todo el mundo”.

Cuando no conviene (o no es posible social y políticamente) ajustar en la variable demográfica, estos sectores buscan ajustar la asignación de recursos. Así, argumentan que no es conveniente darle

a los pobres energía barata, pues la derrochan. Tampoco agua, alimentos o cualquier recurso escaso por el que no puedan pagar. Estas políticas son para estos sectores, nuevos estímulos para que los pobres refuercen sus altas tasas de natalidad. Estas políticas son las que indirectamente reforzamos cada vez que repetimos la inocente idea de que “el ser humano es responsable” de la crisis ambiental, porque “el ser humano” es mayoritariamente pobre y habita principalmente los países del sur global.

Repetir ese sentido común tan primitivo y transparente le da más fuerza a las propuestas del ecofascismo.

La humanidad es la solución, no el problema

Pero no todos los ecologismos tienen estas posturas. Hay quienes rechazan estos posicionamientos, como bien manifestaron los y las “Jóvenes por el Clima” de Argentina. Sin embargo, es cierto (y algo trillado) que ésta crisis puede ser una oportunidad.

En el año 2008, también en plena crisis económica y financiera, el economista catalán Joan Martínez Alier (precursor del llamado “ecologismo de los pobres”) sostuvo que esa situación daba una oportunidad “para que la economía de los países ricos adopte una trayectoria distinta (...) en vez de soñar con recuperar el crecimiento económico habitual, entren en una transición socio-ecológica hacia menores niveles de uso de materiales y energía”.

Toda crisis es también una oportunidad, para poner de relieve los mecanismos de funcionamiento de nuestra sociedad capitalista, que son los que generan la crisis ambiental. Esta crisis coloca a la humanidad como víctima y no como victimario. Entre los peligros que ella acarrea están las sucesivas apariciones de estas pandemias, que se expanden con la misma velocidad que el tráfico de mercancías en todo el mundo. Desde principios de éste siglo que podemos ver como circulan de manera masiva diferentes virus (gripe aviar, porcina, SARS, MERS, y ahora el COVID-19).

Como sostiene Marina Aizen en *Revista Anfibia*, tanto el COVID-19 como las otras cepas, no son sino “producto de la aniquilación de ecosistemas, en su mayoría tropicales, arrasados para plantar monocultivos a escala industrial”. Son las actividades económicas propiamente capitalistas las que ponen fuera de control los virus que ya existen en la naturaleza. También sostiene la autora que esta pandemia es fruto “de la manipulación y tráfico de la vida silvestre”.

La situación incluso podría agravarse de no detener urgentemente el calentamiento global, ya que como aseveran diferentes científicos, corre peligro de derretirse el permafrost ártico (suelo permanentemente congelado que se extiende por todo el norte de Rusia, Alaska, el norte de Canadá y el Océano Glaciar Ártico). Y según estas investigaciones, este suelo no solo retiene gases de efecto invernadero (que de salir a la superficie provocarían más calentamiento global), sino que también retiene diferentes virus y bacterias (entre ellas ántrax, gripe española y otros).

En este escenario, la mayoría de la humanidad será perjudicada por causa de las actividades generadas por un conjunto de empresas que se niegan adoptar patrones de producción limpios y con menor utilización de combustibles fósiles, a detener el avance sobre los ecosistemas y la deforestación; a impedir el acaparamiento de tierras y los monocultivos. Por supuesto, pedirle a las empresas que hagan eso, es pedirles que pierdan frente a sus competidoras. Rogar que la actividad económica capitalista se supedite a límites naturales, es pedir que deje de existir como tal. Tal vez eso precisamos.

Solo la humanidad puede afrontar el desafío de modificar sus relaciones sociales, para reparar esa fractura metabólica con la naturaleza. Para ello no existen recetas, pero sí al menos algunas pautas.

Esta nueva humanidad tiene que abandonar la pretensión de crecimiento ilimitado, algo que no es típico de todas las sociedades humanas, sino específicamente de la capitalista. Debe abandonar también la lógica de la competencia que lleva a una batalla permanente por bajar y externalizar costos, degradando así la vida humana y su entorno natural. Un nuevo proyecto humanista es el que nos puede salvar del colapso. Echarle la culpa a un abstracto ser humano es ir en sentido opuesto.

Fuente: [Notas, Periodismo Popular](#)

El sueño de la razón: Los hacendados de la pandemia

Por [Silvia Ribeiro](#)

Idioma Español

País [Internacional](#)



La declaración de pandemia por el Covid-19 ha puesto todo de cabeza. Pero no tanto como para que los gobiernos cuestionen las causas reales por las que surgió este virus y el hecho de que mientras supuestamente se trabaja para contenerlo, otros virus y pandemias se siguen formando.

Hay tres causas concomitantes y complementarias que han producido todos los virus infecciosos que se han extendido globalmente en las últimas décadas, como la gripe aviar, la gripe porcina, las cepas infecciosas de coronavirus y otras. La principal es la cría industrial y masiva de animales, especialmente pollos, pavos, cerdos y vacas. A ésta se le suma el contexto general de la agricultura

industrial y química, en la que 75 por ciento de la tierra agrícola de todo el planeta se usa para la cría masiva de animales, principalmente para sembrar forrajes con ese destino. La tercera es el crecimiento descontrolado de la mancha urbana y las industrias que la alimentan y por ella subsisten.

Las tres juntas son causa de la deforestación y destrucción de hábitats naturales en todo el planeta, que también implica desplazar comunidades indígenas y campesinas en esas áreas. Según la FAO, a nivel mundial, la expansión de la frontera agropecuaria es responsable de 70 por ciento de la deforestación, pero en países como Brasil, la expansión de la frontera agropecuaria es culpable de 80 por ciento de la deforestación.

En México vimos como se originó la gripe porcina en 2009, a la cual le pusieron el aséptico nombre de Gripe A H1N1, para desvincularla de su puerco origen. Originó en la fábrica de cerdos llamada Granjas Carroll, en Veracruz, entonces co-propiedad de Smithfield, la mayor productora de carne a nivel global. Smithfield fue comprada en 2013 por una subsidiaria de la mega empresa china WH Group, actualmente la mayor productora de carne porcina del mundo, ocupando el primer lugar en ese rubro en China, Estados Unidos y varios países europeos.

Aunque el virus de la gripe porcina no es un coronavirus, la mecánica de cómo llega a convertirse en epidemia/pandemia es similar a las otras enfermedades zoonóticas (es decir que tienen origen animal). Enormes cantidades de animales de cría confinados, hacinados e inmunodeprimidos, alientan que el virus mute rápidamente. A esos animales se les da continuamente antibióticos y antivirales, además de estar expuestos en ambiente y alimentación a diversos pesticidas desde que nacen hasta el matadero. Tanto para que engorden más rápido como para tratar de que no se enfermen, en condiciones absolutamente insalubres para cualquier ser vivo.

Tal como [explica Rob Wallace](#), biólogo evolutivo y filogeógrafo, del Instituto de Estudios Globales de la Universidad de Minnesota, que ha estudiado por más de 25 años el tema de las epidemias del último siglo, los centros de cría animal son el lugar perfecto para la mutación y reproducción de los virus. Los virus pueden saltar entre especies, y si bien pueden originar en especies silvestres de aves, murciélagos y otras, es la destrucción de los hábitats naturales lo que los empuja fuera de sus áreas, donde las cepas infecciosas estaban controladas dentro de su propia población. De allí, pasan a las áreas rurales y luego a las ciudades. Pero es en los inmensos centros de cría animal donde hay mayores chances de que se produzca la mutación que luego afectará a los seres humanos, por la continua interacción entre miles o millones de animales, muchas diferentes cepas de virus y el contacto con humanos que entran y salen de las instalaciones. El aumento de la interconexión de los transportes globales, tanto de personas como de mercancías -incluyendo animales- hace que los virus mutantes se desplacen rápidamente a muchos puntos del planeta.

Un aspecto complementario: como mostró Grain, el sistema alimentario agroindustrial [es responsable de cerca de la mitad de los gases de efecto invernadero](#) que producen el cambio climático, cambio que también hace que migren las especies, incluso mosquitos que también pueden transmitir algunos virus. Especialmente la cría intensiva de animales es responsable de la mayor parte de esas emisiones. ([Grain, 2017](#))

Claro que aunque conozcamos lo que lo produjo, no cambia que este virus existe y tiene consecuencias ahora, y es importante cuidarnos y sobre todo a los más vulnerables por diversos factores. Aún así, no está de más recordarnos que según informa la Organización Mundial de la Salud, el 72 por ciento de las muertes en el mundo son por enfermedades no trasmisibles, varias de

las cuales están ligadas directamente al sistema alimentario agroindustrial, como enfermedades cardíacas, hipertensión, diabetes, obesidad, cánceres digestivos, malnutrición.

Pero el enfoque de acción en emergencia y la búsqueda de supuestas vacunas implicando que la pandemia se podría controlar por medios técnicos, oculta las causas y promueve la perpetuidad del problema, porque vendrán otras epidemias o pandemias mientras las causas sigan sin tocarse. En algunos países, las industrias agroalimentarias, principales productoras de los virus, se ven incluso beneficiadas por las epidemias, al ser consideradas por los gobiernos como “industrias básicas” para la sobrevivencia. Lo cual es una falaz mentira, ya que es la producción campesina, indígena y de pequeña escala, incluso urbana, la que alimenta a 70 por ciento de la humanidad. Son los agronegocios los que nos dan comida basura y llena de agrotóxicos, que nos enferman y debilitan ante las pandemias, al tiempo que siguen acaparando tierras campesinas y áreas naturales. ([ETC. 2017](#))

En la emergencia, surgen otros jugosos negocios para algunos, tanto empresas como bancos. Algunas, como las farmacéuticas, las productoras de insumos para la protección sanitaria, las empresas de ventas en línea y de producción de entretenimiento, se enriquecen ridículamente con la declaración de pandemia. Otras empresas tienen pérdidas – que trasladan a las y los trabajadores y a la sociedad de muchas maneras, incluso en aumento de precios– pero serán las primeras en beneficiarse de subsidios gubernamentales, que bajo el discurso de que hay que rescatar “la economía”, la mayoría de los gobiernos no duda en favorecerlas antes que a los sistemas de salud pública devastados por neoliberalismo o a los millones de personas que sufren la pandemia no sólo por el virus, sino porque no tienen casa, o agua, o alimentos, o perdieron su empleo, o trabajan a destajo y sin ninguna seguridad social, no tienen acceso a diagnósticos, ni médicos, o están en caravanas de migrantes, o refugiados en algún campamento, hacinados en albergues o en la calle.

En este contexto, también surgen formas de solidaridad desde abajo. Junto a ellas es necesario enraizar un cuestionamiento profundo a todo el sistema alimentario agro-industrial, y una valoración profunda y solidaria de todas y todos los que desde sus milpas, huertas y comunidades nos alimentan y previenen las epidemias.

Fuente: [Desinformémonos](#)

Comentarios

30/03/2020

PANDEMIA, por Luis Alberto Torres

Gracias por el informe. Muy esclarecedor.

30/03/2020

Biodiversidad, por .aria elsa lagomarsino

A medida q pasa mi vida me convengo de que el hombre se ha encaramado en la escala zoologica con excesiva soberbia q no justifican sus logros. Que es lo mas importante en el mundo?:vida ,espiritualidad,felicidad. Si analizamos las especies el hombre es la mas destructiva y erratica. No respeta ningun valor esencial, de modo tal a se esta destruyendo y al mundo q lo rodea. Ojala q articulos como este promuevan la discucion y modifiquen comportamiento. Es dificil pero no imposible

30/03/2020

Polución , por Gabriela

Esto es una “exageración “, todos podemos ver que con sólo dos meses de detenido el tráfico de las grandes ciudades la tierra ya está respirando y bajando la polución general. En estos dos meses todas las producciones agroganaderas del mundo siguieron funcionando.
Creo que este artículo es tendencioso.